

Celulares, mails y vida humana. La vida urbana contemporánea ofrece tanta diversidad, tanta información y posibilidades, tanta interconexión, que tenemos acceso, como nunca en la historia humana, a saber, a estar en muchos lugares y mundos al mismo tiempo. Esto es indudablemente una oportunidad de crecer, de ampliarse, de ver otros puntos de vista, de comunicarse, sin embargo, al mismo tiempo estamos sobresaturados de estímulos exteriores, de novedades, de noticias, de posibles actividades, reuniones y de la impresión de que estamos como niños chicos con juguetes nuevos, fascinados con las puertas que nos abren, tanto que las nuevas tecnologías están adueñándose de nuestra voluntad, de nuestro tiempo, del sentido común.

Aparentemente el tema se nos está yendo de las manos, y no estamos dándole un lugar sano a nuestras vidas. No estamos enseñoreando sobre la sobrecarga de inputs, de entradas, de mails, llamadas por celular, chats; todas tecnologías que nos prestan un servicio maravilloso, pero que deberían estar ahí para servir a lo humano y no para que nos hagamos sus esclavos.

La idea sería darles el espacio que concientemente queremos en nuestra vida pero eso no está ocurriendo, algo pasa con un estado de ansiedad asociado a la conexión que hace que a las personas les cueste apagar el celular, dejar los mails para otro momento y se den el tiempo para estar presentes donde están. Es patético ver en los cafés o encuentros de amigos, o reuniones en que la idea es crear un ambiente de intimidad y sacralidad, a la gente hablando por celular porque quizás, no se atrevieron a apagarlo porque parece que siempre fuera a ocurrir algo importante. Hay una emoción de miedo, ansia y expectativa, de querer tenerlo todo controlado, de saber lo que está pasando con la familia, los hijos, el trabajo, de estar ansiosamente en todas partes. Quizás justo en ese momento llega la llamada vital, o nos avisan que algo ocurrió, o que alguien nos necesita. La cosa es que no nos atrevemos a desconectarnos, y detrás de eso hay miedo y sobrecontrol.

Aquello que llamamos el vivir normal implica un estado adrenalínico y ansioso que muchas veces sólo se logra soportar con estimulantes, sedantes, ansiolíticos o drogas para ponernos a tono con el ritmo de los tiempos y la sobreconexión exterior está jugando un papel importante en esto.

El no tener la fuerza personal, el eje interno como para usar las tecnologías de información en conciencia nos está llevando a perder la posibilidad de volcarnos con todo lo que somos a algo, nos estamos restando humanidad, contacto, afecto, presencia real y no estamos pudiendo dejarnos absorber por el momento presente. Como si siempre estuviéramos dispuestos a ausentarnos, esto es especialmente patético en la relación entre padres e hijos pequeños, ellos absorbidos por el juego con el papá y este expectante de la llamada que puede recibir en cualquier momento.

Además la conexión hacia fuera, el contacto permanente con el mundo exterior ha generado un desequilibrio feroz en las personas que saben exactamente lo que está ocurriendo en el Líbano o en su serie favorita, pero están en total ignorancia respecto de qué está ocurriendo consigo mismas. Están desapareciendo esos momentos íntimos, sagrados en que nos volcamos con todo nuestro ser hacia el contacto interno.

El ser humano tanto biológica, psíquica como espiritualmente necesita un equilibrio rítmico entre la exteriorización y la introversión, entre el Ser y el hacer, cuando éste se rompe nos estresamos y es sabido que el stress trae enfermedad.

La cultura, los estilos de vida deberían estar al servicio del ser humano integral, de un planeta más armónico, para ello es preciso que conduzcamos nuestras vidas desde una conciencia que nos permita dar la cabida justa a las nuevas tecnologías entendiendo que han sido creadas por la inmensa potencialidad humana para llevarnos a una vida en que el Espíritu se pueda expresar con mayor radiación y pureza.

Patricia May